

Ella

I

¿Su nombre? ¿Para qué? Bajo las nubes  
no hay músicas que imiten su sonido.

S. A. Domínguez

Es ella: la que escancia, como Hebe,  
en anchas copas el fragante néctar;  
la que surge en el caos de mi vida  
como un rayo de luz en la tiniebla.

Sus ojos, del santuario de su alma  
celosos y adorables centinelas,  
tienen la sombra densa de la noche  
y el claro resplandor de las estrellas.

Vibra su voz como el primer murmullo  
que en los bosques dormidos se despierta,  
cuando la dulce claridad del alba  
el horizonte a colorear empieza.

Su nombre es una gama inimitable,  
en que ardientes se funden y se mezclan  
trinos, gorjeos, lágrimas y risas,  
melodías, susurros y cadencias.

## II

La reducción del universo a un solo ser y la dilatación de ese ser hasta Dios: eso es el amor.

Victor Hugo

Cuando suenan sus pasos a lo lejos  
mi corazón alborozado salta,  
siento en mis nervios palpitar la vida  
y la voz expirar en mi garganta.

Se acerca encantadora y a mis ojos,  
para verla mejor, llega mi alma,  
y mis labios se agitan convulsivos  
sin poder pronunciar una palabra.

Luego se rompe el inseguro dique;  
se desborda el torrente, el amor habla  
en ese idioma misterioso y grave  
que nuestras lenguas a expresar no bastan,

y en ella se concentra el universo,  
y al estrechar su mano idólatra,  
miro a Dios fulgurar en mis pupilas  
y caigo de rodillas a sus plantas.

### III

Mientras haya esperanzas, recuerdos,  
habrá poesía.

Bécquer

Cuando busco en las cuerdas de mi lira  
una armonía delicada y dulce,  
evoco su memoria; mil ideas  
tiernas y gratas a mi mente acuden;

miro flotar su deliciosa imagen  
entre flotantes ráfagas de lumbre;  
respiro con delicia en una atmósfera  
saturada de mágicos perfumes;

en las chispas ardientes de sus ojos  
enciendo las hogueras de mi numen;  
arde la inspiración, vibran las cuerdas,  
el canto brota, la armonía surge,

y al disiparse la visión radiante,  
cual se disipa vaporosa nube,  
mis versos en la mente se dibujan  
y en el papel mi pluma los esculpe.

## IV

A un inmenso placer que yo ignoraba  
abro mi corazón, alzo los ojos.

Telma Guido

Yo no rezaba nunca: en los altares  
la vi una vez arrodillada y sola;  
amanecía y en las naves iba  
por grados disipándose la sombra.

Sus cabellos tendidos por la espalda,  
su rostro oculto entre nevadas blondas,  
sus manos juntas y sus ojos fijos  
del pavimento en las pintadas losas,

parecía un arcángel de los cielos  
mirando el nacimiento de la aurora;  
oraba y su palabra se perdía  
como un suspiro por las altas bóvedas.

Y comprendí el valor de una plegaria;  
y oré con la emoción intensa y honda  
del que ve disiparse como el humo  
la duda que le asedia y le devora.

## V

El corazón henchido de amor es el universo.

Castelar

Cuando miro su torso que se esfuma  
del templo antiguo en el altar augusto,  
en las nubes que surcan el espacio,  
en las olas del mar ancho y profundo;

cuando en el rayo de la casta luna  
la irradiación de su mirada busco  
y me parece divisar su sombra  
si las desiertas avenidas cruzo;

cuando en el éter impalpable y vago  
siento que está rodeándome su influjo,  
y en todas partes su silueta miro,  
oigo sus pasos y su voz escucho,

a solas con mi amor y su recuerdo,  
absorto en mis delirios me pregunto,  
cómo puede caber dentro del alma  
una pasión tan grande como el mundo.

## VI

Y vivirá como perenne aroma  
su espíritu en el mío,  
aunque me enseñe la mundana ciencia  
donde la hierba de olvidar se cría.

Menéndez Pelayo

¿Olvidarla? Jamás. Cuando la vida  
empiece a declinar; cuando la sangre  
circule fría por mis venas; cuando  
de la vejez por la pendiente baje;

aún entonces, pensando en otros días  
más deseados cuanto más distantes;  
recordando el volcán que alimentaba  
el vivo fuego de sus ojos grandes,

latirá el corazón apresurado;  
las nuevas flores abrirán sus cálices;  
bajo las capas gélidas del tiempo  
brotará en chispas el dormido cráter.

Y en el fondo del alma conmovida,  
pálida y triste surgirá su imagen,  
como Venus surgió, riente y pura,  
al beso de la luz sobre los mares.

## VII

Quand mes yeux enivrés se soulèvent vers toi,  
nul mortel sous les cieux n'est plus hereux que moi.

Lamartine

Es el paso del hombre por la tierra  
una serie de sueños imposibles;  
un cúmulo infinito de deseos  
encarnados en cosas que no existen.

Cuando llega un instante en que la dicha,  
harta de huir, se vuelve y se sonríe,  
la misma incertidumbre de perderla  
amarga los instantes más felices.

Quisiera prolongar este minuto  
en la insondable eternidad sin límites;  
eternidad que el corazón comprende  
y, sedienta de amor, mi alma concibe.

¿Por qué ha de ser tan grave nuestra vida  
como la antorcha, que su luz despide  
roja y ardiente y al soplar el viento  
vacila, tiembla y rápida se extingue?<sup>5</sup>

---

<sup>5</sup> Luis Muñoz Rivera, «Ella», *Almanaque de las Damas para 1885*, San Juan, Imprenta José González Font, 1884; pp. 108-113. Dos fragmentos de estos, los que llevan epígrafes de Bécquer y Lamartine, bajo el título «Fragmentos», con fecha de 1884, aparecieron en *La Democracia*, año II, número 160, 11 de julio de 1891; p. 3.